

UN SUEÑO ROTO

Verónica Cubillo Solano *

En mi caso, nunca esperé que mi propio esposo me fuera a agredir, pero pude comprobar lo que el alcohol puede hacerle a una persona. Nosotros éramos una pareja normal, teníamos en ese momento cerca de 8 años de casados y ya incluso habíamos hecho planes para pedir un bebé al año siguiente.

Nuestra relación era normal, teníamos problemas, pero como cualquier problema, siempre eran resueltos el mismo día y no pasaba a más.

Un día me encontraba en mi casa y mi marido llegó muy tarde, entrada la madrugada ya, creo que eran cerca de las 3:30 a.m., yo por supuesto estaba muy preocupada, porque él nunca llegaba tan tarde y menos sin avisar. Había intentado muchas veces llamar a su celular, pero nunca me contestó, después de varios intentos, él apagó su teléfono.

Él llegó muy tomado y cuando me vio despierta y reclamándole lo tarde que era, y lo principal, por qué no me había avisado nada, se enfureció, comenzó a gritarme y a pegarme. Fue algo terrible, nunca en mi vida lo había visto tan cegado de ira.

Estoy segura que en ese momento no estaba en sus cinco sentidos, pues me pegaba como si yo fuera un animal o un objeto más de la casa.

En un momento caí al suelo y lo único que pude hacer fue ponerme en posición fetal y taparme la cabeza, para protegerme un poco, me pegó varias patadas en el estómago y en la cabeza.

Lo último que recuerdo antes de quedar inconsciente fueron sus palabras: "Esto es para que aprenda a no estarme controlando". Yo, de verdad, nunca lo llamé para controlarlo, sino porque estaba muy preocupada por él.

Gracias a Dios en ese momento llegó mi cuñado a la casa a dejar un paquete y él fue quien llamó una ambulancia.

Cuando desperté estaba en el hospital con la cara desfigurada y un brazo quebrado.

Tuve que recibir cerca de 3 operaciones, 2 en mi brazo, porque me lo había quebrado en varias partes y una en mi nariz, porque también me la había quebrado.

Cuando salí del hospital fui a mi casa a recoger mis cosas y creo que aparte del daño físico eso fue una de las cosas más dolorosas, entrar a lo que era mi hogar y ver que todo había terminado, mis sueños de ser madre y de tener una familia.

Mi esposo trató de que yo volviera con él, pero yo por supuesto ya no quería, cuando salí del hospital inicié los trámites del divorcio y poco tiempo después había una orden en la que se le prohibía a él acercarse a mi casa, trabajo o lugar de estudio.

Nunca más volví a hablar con él, he tenido que recibir atención psicológica y por supuesto física, porque mi brazo aún no está al 100%.

Esta es la historia de una mujer, de las muchas que sufren violencia.

Yo les recomiendo a todas ellas buscar ayuda profesional o involucrarse en proyectos sociales para olvidar esos malos momentos como en la Fundación Mundial Déjame Vivir en Paz.

*** Cédula: 1-1236-0142**

Tomado del Periódico La Extra, 7 de Abril del 2010.